



Buenos Aires, Setiembre 9/1906.

Señor Dr. Miguel de Unamuno.

Distinguido Sr.:

Pronto tendré el gusto de remitirle a Ud. los tomos II de El Año Literario y de Los Poetas Argentinos.

Entre tanto le mando un ejemplar por este mismo correo del discurso que pronuncié sobre el Dr. Alberdi en el acto de la repatriación de sus restos como Presidente de la Comisión Popular que se formó con tan piadoso objeto, porque creo haber leído últimamente en alguno de sus escritos que Ud. prepara un estudio crítico sobre este publicista y compatriota mío. Este modesto discurso, si Ud. se digna leerlo, verá que es una síntesis de su personalidad moral y de su vida intelectual, con todas sus luchas y esperanzas consiguientes. Lo formulé así, expresamente, para que el pueblo, que apenas le conocía de nombre, tuviese siquiera una idea general de su acción e influencia en nuestra historia institucional.

El Sr. Dr. Francisco Cruz, que ha editado 16 tomos de escritos de Alberdi, que se conocen bajo el nombre de sus Obras Póstumas, me pidió la vez pasada este discurso mío para enviárselo a Ud. No recuer



do, en medio de mis tareas, si se lo mandé a él. En la duda, se lo remito ahora a Ud., deseando que, si tiene Ud. tal propósito, le sea de algún beneficio. Considero indispensable que si efectivamente Ud. lo tiene que comience las Obras completas que salieron a luz antes que las Últimas (1896). Constan estas de 8 gruesos volúmenes y las editamos por orden del Gobierno con el Dr. Bilbao.

Esta es la obra jefe, verdaderamente científica y patriótica, destinada a organizar su patria constitucionalmente.

Siento no tenerla para enviársela; "en casa del herrero cuchillo de palo"; pues la colección que poseo es incompleta, — pero si Ud. la tiene en su biblioteca, lécala. Se la recomiendo; es un verdadero monumento y su autor un genio político inspirado por el patriotismo. En las Cartas Guillotanas verá Ud. la discusión que tuvo con Sarriento y que lo vence como David a Goliath, arrastrándolo después por la arena. Va a encontrarse Ud. con el polemista ^{superior} de nuestro tiempo. Se quedaría Ud. admirado, porque no es inferior a Junias.

No me empeño en que Ud. se ocupe de nuestros principales y viejos escritores, pero, por afecto a Ud., deseo que si aborda Ud. la tarea lo haga con conciencia y libre de los prejuicios que aquí nos dominan.

Aprovecho esta ocasión para felicitarlo por su entrada como corresponsal de La Nación, porque



este diario es la expresion más alta del movimiento intelectual en estos países. Su nombre conera por una de esas de repúblicas, desde el Estrecho de Magallanes hasta el Panamá.

Amo como Ud. la verdad y la independencia del pensamiento, y soy aquí su amigo más sincero y también su admirador. Cada correspondencia de Ud. la leo repetidas veces y le deseo afectuosamente el mayor éxito.

Tarea terrible la de conejir las ideas! Hay que principiar por combatir las ^{pre}ocupaciones y desarraigalas, y la gente se defiende como ante el saca-muelas. No se cómo la pluma no se rompe cual la punta del arado ante la tierra endurecida. No también hace dos años principié una serie de conferencias inspirado por estos ideales de regeneracion; la primera se titulaba La Palabra y la Verdad, porque en nuestra raza no se tiene ni idea de lo que es la palabra y mucho menos ^{de} la verdad, creyéndose que aquella puede servir igualmente para la mentira, y al poco andar vi que pretendia nada menos que reformatar a nuestros parainos de origen español, y ya sabe Ud. cual es el fin que les espera a los redentores. Aquí, por otra parte, la palabra, escrita o hablada, no tiene ninguna influencia; los hechos y las leyes son hijos puramente del éxito de la accion, se lee o se oye hablar como si lloviese, y los escritores, de esta ineficacia de las ideas, solo consiguen halagar su vanidad personal haciendo conocer sus nombres. Nada



más. Todo esto pasa, - como Vd. comprenderá, - por falta de pueblo, capaz de producir la opinión pública.

Aquí todo lo ha de hacer el gobierno; si no, no hay nada. El gobierno es la Providencia, y el pueblo, por esta delegación, no ha aprendido ni a pensar.

El escritor o el orador, entre nosotros, es como un tenor o un actor, ante los cuales la gente va a divertirse, yo, sabiéndolo de ante mano, solo trato, con El Año Literario de coleccionar lo publicado o inédito, y con Los Poetas Argentinos de escribir para los estantes o para lo futuro, que entonces habrá más pueblo.

Deseándole felicidad, lo saludo con la consideración y aprecio de siempre.

Arturo S. Aguado y family

Ciudad 726